

Mt 11,2-11

El Reino de Dios ya está entre ustedes

El Evangelio de este III Domingo de Adviento nos presenta nuevamente a Juan Bautista, pero ya no en su misión de precursor que con su predicación exhorta a preparar el camino al Señor, sino en la cárcel, presa de una angustiante duda sobre la identidad de Jesús: «Juan, que en la cárcel había oído hablar de las obras del Cristo, envió a sus discípulos a decirle: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?”».

¿A qué se refiere el evangelista con la expresión: «Obras del Cristo (Ungido)»? Cuando agrega: «Juan envió a sus discípulos a decirle...», el pronombre personal –«decir a Él»– parece referirse al Cristo, que resulta así identificado con Jesús. Pero esta es precisamente la duda que tiene Juan y para aclararla es que envía a sus discípulos. La pregunta de Juan pudo ser formulada también en estos términos: ¿Eres tú el Cristo? Recordemos que la confesión: «Tú eres el Cristo» la formula Pedro mucho más adelante (Mt 16,16) y que, en esa ocasión, Jesús ordena que a nadie dijeran que Él era el Cristo.

En realidad, la lectura del leccionario debió haber comenzado en Mt 11,1, porque allí se nos informa que el sujeto es Jesús –«Cuando acabó Jesús de dar instrucciones...»– y que la pregunta va dirigida a Él: «Juan envió a decirle...». Por consiguiente, responde Él: «Respondiendo Jesús dijo...».

«Las obras del Cristo» son las que, según los profetas, debía realizar el Ungido del Señor que Él enviaría. Juan conocía la profecía de Isaías: «El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, por cuanto que me ha ungido el Señor; me ha enviado a evangelizar a los pobres...» (Is 61,1). Este era el Cristo, el que debía venir. Conocía Juan la profecía sobre el Cristo (el Ungido) que leemos en la primera lectura de este domingo: «Miren que el Dios de ustedes viene... Él vendrá y los salvará. Entonces, se despegarán los ojos de los ciegos, y las orejas de los sordos se abrirán; entonces saltará el cojo como ciervo, y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo» (Is 35,4-6). Estas son «las obras del Cristo». Juan fue informado por sus discípulos que Jesús hacía esas obras. En efecto, antes de llegar a este punto en el Evangelio de Mateo, hemos leído que Jesús limpió a un leproso tocándolo (8,3); sanó, diciéndolo sólo de palabra y a la distancia, al siervo

del centurión que estaba a punto de morir (8,13); sanó de una fuerte fiebre a la suegra de Pedro tocándole la mano (8,15); dando una orden, calmó la tormenta en el mar (8,26); expulsó al demonio de dos endemoniados tan furiosos que nadie se atrevía a acercarse (8,29-32. Esto último no estaba anunciado en los profetas, porque esto puede hacerlo sólo Dios); perdonó los pecados de un paralítico sanándolo de la parálisis (9,1-7. Idem); sanó a una mujer que padecía flujo de sangre cuando ella tocó su manto (9,21-22); resucitó a una niña (9,18.25); devolvió la vista a dos ciegos (9,27.30); hizo hablar a un mudo (9,32-33); etc. Estas son las cosas que Juan oyó decir sobre Jesús. ¡Son las obras del Cristo, del que tenía que venir!

Pero hay otras cosas que a Juan desconciertan. Juan anunciaba la venida de uno mucho más fuerte que él, anunciaba el juicio final, la ira inminente, el hacha puesta ya a la raíz de los árboles, como lo anunciaba Isaías: «Se verá la gloria del Señor, el esplendor de nuestro Dios... Viene el Dios de ustedes vengador...» (Is 35,2.4). Jesús vino, en cambio, pobre y humilde «vaciado de su condición divina» y «se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (cf. Fil 2,7.8). Es la primera venida de Dios –del Hijo de Dios hecho hombre– de manera que el evangelista tiene que buscar una profecía que lo explique. Y la encuentra en el mismo Isaías, en los cantos del Siervo del Señor: «Para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: “He aquí mi Siervo, a quien elegí, mi Amado, en quien mi alma se complace... No disputará ni gritará, ni oírán nadie en las plazas su voz. La caña trizada no la quebrará, ni apagará la mecha humeante...”» (Mt 12,16-20). ¡Lejos de poner el hacha a la raíz!

La respuesta de Jesús es de gran afecto hacia Juan. De manera muy poética recuerda su misión de profeta y su gran irradiación. El pueblo –«Jerusalén, toda Judea y toda la región del Jordán» (Mt 3,5)– no se tomó el trabajo de salir al desierto a ver una caña agitada por el viento; no fueron al desierto a ver un hombre vestido lujosamente. Jesús dice la razón verdadera de ese movimiento: «Salieron a ver a un profeta, y más que un profeta». Jesús aplica a Juan la profecía de Malaquías 3,1: «Este es de quien está escrito: “He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino”». Juan es el precursor; él facilitó el camino de Jesús.

Jesús era extremadamente generoso en sus alabanzas, cuando encuentra en alguien fidelidad. Y esto encontró en Juan hasta la entrega de su vida. Por eso, agrega: «En verdad les digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno

mayor que Juan el Bautista». ¡Es hermoso ver cómo realza Jesús la maternidad! Define a todo ser humano como «un nacido de mujer». No hay derecho a que alguna traducción se permita suprimir esta expresión de Jesús (como lo hace desgraciadamente nuestro Leccionario). Esa forma de definir al ser humano la aplica San Pablo al mismo Jesús, en el misterio de su primera venida, que estamos celebrando en este tiempo de Adviento: «Cuando se cumplió la plenitud del tiempo envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gal 4,4). Para que su Hijo se hiciera verdadero hombre Dios no prescindió del concurso de una mujer: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1,38).

Jesús agrega, sin embargo, que con todo lo grande que es Juan, «el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él». Es porque el Reino de los Cielos es la presencia del Hijo de Dios hecho hombre en el mundo y esta es la novedad absoluta, la que eleva la historia humana al nivel de Dios. Juan mismo concuerda con esa afirmación de Jesús, expresando esa diferencia: «Yo los bautizo con agua... pero Él los bautizará con Espíritu Santo» (cf. Mt 3,11). En otro lugar Jesús aclara su afirmación: «La Ley y los profetas llegan hasta Juan; desde entonces es evangelizado el Reino de Dios» (Lc 16,16). Y aclara: «No dirán: “Veanlo aquí o allá”, porque el Reino de Dios ya está entre ustedes» (Lc 17,21). Nuestro gozo más pleno consiste en ser parte activa de ese Reino.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles